

La actitud de Pablo ante el sufrimiento

Como podemos comprobar por el libro de los Hechos de los Apóstoles, toda la historia de la iglesia está llena de dificultades y persecución. El propio nacimiento de la iglesia fue con gran dolor. Muchos cristianos no quieren aceptar este hecho en sus vidas y buscan eludir esto metiéndose en un caparazón. Pero este no fue el proceder del apóstol Pablo.

1. Sin resentimiento

Como hemos visto, Pablo sufrió mucho, pero sin embargo notamos que en su alma no quedaba ni una pizca de acusación o de amargura contra el Señor, por el contrario llegó a decir que *“nos gloriamos en las tribulaciones”* (Ro 5:3).

Esto era así porque él entendía que todas estas adversidades eran usadas poderosamente por el Señor para la formación de su carácter: *“sabiendo que la tribulación produce paciencia”*.

Pero parece que también aceptaba con satisfacción sus pruebas y penalidades en la esperanza de que de este modo sus convertidos y demás creyentes pudieran ser librados de las mismas (2 Co 4:12).

No se convirtió en un amargado. Nunca culpó a Dios por sus sufrimientos. Él lo recibió todo como parte de su compromiso con Cristo, y confió en que Dios se encargaría de todo.

2. Sin rendirse ni volver atrás

Hubo ocasiones cuando Pablo sufrió presiones tan agudas que no estuvo seguro de poder seguir viviendo (2 Co 1:8). Sin embargo, él nunca volvió atrás. Nada le hizo retroceder o rendirse.

Cuentan la historia de que cuando Sir Winston Churchill era un muchacho y asistía a la escuela, repitió tres veces el octavo curso, porque le costaba aprender. Es algo irónico que años después, la Universidad de Oxford le pidiera pronunciar el discurso de la fiesta de graduados. Para este acontecimiento llegó con sus acompañantes habituales; un bastón y un sombrero de copa. Mientras se aproximaba al podio, el público le brindó aplausos de aprecio. Churchill, con pausado ademán calmó la multitud mientras se disponía a hablar ante sus admiradores. Luego colocó el sombrero sobre el atril y mirando directamente a la ansiosa audiencia, gritó con una voz llena de autoridad: “¡Nunca se rindan!”. Transcurrieron algunos segundos. El auditorio se quedó en silencio. Se levantó puesto de puntillas y gritó nuevamente: “¡Nunca se rindan!”. Y aún hizo lo mismo una tercera vez. Sus palabras retumbaron a través del auditorio. Todos permanecieron inmóviles y callados mientras Churchill alargaba su brazo en busca de su sombrero; ayudándose con su bastón abandonó la tribuna. Su discurso había terminado. El discurso de graduación de Churchill fue sin duda el más corto y elocuente jamás pronunciado en Oxford. Aun así, su mensaje fue también uno que todos los presentes recordaron durante el resto de sus vidas.

Volviendo a la historia de Pablo, quizá uno de los acontecimientos que más marcó su relación con Bernabé fue la deserción de Juan Marcos cuando llegaron a Perge de Panfilia (Hch 13:13) (Hch 15:36-41). Sin motivo aparente él les abandonó y regresó a Jerusalén. Sin duda es difícil seguir adelante cuando uno se siente abandonado. Es esos momentos es fácil ceder al desánimo y desmayar. Y hay que decir que en el ministerio cristiano siempre se producirán deserciones. Muchas personas abandonan las iglesias sin

razón alguna. Pero el viaje continúa, y Pablo no era de los que retrocedían. Ellos siguieron adelante con la mirada puesta en el objetivo. Por supuesto esto es una demostración de madurez cristiana.

Tampoco los detractores le hicieron retroceder. Como ya hemos visto, cada iglesia que Pablo fundaba era visitada por sus opositores, que no sólo ponían en duda su autoridad apostólica, sino que les predicaban otro evangelio basado en las obras de la ley. Eran personas críticas, muy negativas, que cuestionaban todo lo que Pablo hacía, intentando señalar en él las motivaciones más oscuras. Por supuesto, todo buen ministro tendrá sus detractores que le seguirán por todas partes. Estos abundan. Son decididos y perseverantes. Están en todas partes, incluso en la iglesia. Y aunque en muchas ocasiones no se den cuenta, son obstáculos de Satanás para el avance de la obra de Dios. Es cierto que nosotros ahora admiramos a Pablo, pero él también fue despreciado en su tiempo. Pero esto tampoco consiguió alterar el curso de su ministerio. Pablo no se aterrorizó, ni perdió el enfoque, tampoco empezó a lloriquear, ni a vacilar, y por supuesto no se planteó cambiar el mensaje buscando mayor aceptación. Por ejemplo, cuando era rechazado en las sinagogas judías, él salía de allí y se iba a los gentiles. Al apóstol no le importaba la fama o la fortuna, no dependía del aplauso de los demás. Él no hacía caso de esas cosas pasajeras, su única ambición era que Cristo fuera predicado allí donde no había sido nombrado.

Pablo es un buen ejemplo de esta voluntad férrea de seguir adelante sin rendirse. Podemos recordar todas las calamidades que Pablo y Bernabé tuvieron que pasar en su primer viaje misionero. Al llegar de regreso a sus casas, muchos en su lugar habrían pensado que ya era suficiente, que ya habían pagado el precio. Pero Pablo no era así. Al poco tiempo buscó a Bernabé con la finalidad de regresar nuevamente a los mismos sitios donde habían estado anteriormente, y esto a sabiendas de que muy probablemente volverían a tener problemas (**Hch 15:36**).

En otra ocasión, cuando una multitud de fanáticos rugientes se levantaron en Éfeso contra los creyentes, Pablo no vaciló en ir a presentarse inmediatamente ante ellos, pero los discípulos no le dejaron (**Hch 15:30**).

A Pablo nunca le faltó el valor, y eso a pesar de todo lo que ya había sufrido. Nos sorprende cómo después de que fuera apedreado en Listra, al día siguiente salió de la ciudad rumbo a Derbe para continuar predicando la Palabra (**Hch 14:19-20**). El entusiasmo de Pablo nunca flaqueó, y nunca pensó en volver atrás.

3. Sin desanimarse

Ya hemos considerado que las presiones que atravesó Pablo fueron muy intensas. Además, hubo momentos en los que estuvo solo sin tener nadie en quien apoyarse. Por otro lado, sufrió muchas desilusiones en la obra de Dios; en algunos casos hubo personas que prometían mucho pero que se echaron atrás (**Hch 13:13**), en otras ocasiones algunos de sus colaboradores le desampararon y se volvieron al mundo cuando él más los necesitaba (**2 Ti 4:10**). También hubo momentos cuando la obra que realizaba parecía que no avanzaba; por un lado estaban los judaizantes que se infiltraban en las iglesias que él fundaba para pervertir el evangelio que les había predicado, por otro lado a veces crecían los problemas internos en las iglesias que parecían no madurar, sino que se consumían en luchas internas. Todos estos problemas pueden llevar al desánimo y a la pérdida del entusiasmo.

Pero Pablo perseveraba bajo todas estas presiones. Cuando escribe a los Corintios hace una lista de todas las adversidades por las que atravesaba, pero finalmente concluye: “No desmayamos” (**2 Co 4:16**). La razón se encontraba en el poder de Dios.

El ministerio que permanece es el ministerio que persevera tenazmente durante períodos de gran persecución. No es el vacilante. No es el que necesita del aplauso de la gente.

4. Sin permitir que las circunstancias determinaran su actitud

Después de que Pablo y Silas fueron azotados con varas y encarcelados en Filipos, ellos cantaban himnos a Dios (**Hch 16:23-25**). Muchos en esas mismas circunstancias estarían lamentándose de su desgraciada situación, pero Pablo y Silas se negaron a permitir que las circunstancias determinaran sus actitudes.

5. Mostrando contentamiento en la adversidad

En la carta que escribió a los Filipenses, Pablo menciona varias veces sus circunstancias, todas relacionadas con su confinamiento como prisionero (**Fil 1:13-16**). No es difícil imaginarnos cómo esto tuvo que afectar a un hombre tan dinámico como Pablo. Su deseo habría sido andar de ciudad en ciudad, predicando en las calles y plazas, fundando nuevas congregaciones allí donde el evangelio todavía no había sido predicado. Pero llevaba mucho tiempo privado de esto. Hasta donde sabemos pasó dos años encarcelado en Cesarea y otros dos en Roma. Otro en su lugar se habría desesperado después de tanto tiempo encerrado dentro de las estrechas paredes de una prisión, pero Pablo no permitió que sus circunstancias le obligaran a terminar su carrera antes del tiempo marcado por el Señor. Leyendo las cartas que escribió desde su cautiverio comprobamos que su mente no se estancó en la inactividad y la desesperación. Por el contrario, se valió de todas las posibilidades que su nueva situación le proporcionaban y convirtió aquel reducido cuarto en un cuartel general desde el que dirigir una incesante actividad misionera. En aquella celda fijó el punto de apoyo de una palanca con que movió el mundo. No permitió que las injusticias que sufría le llenaran de amargura e irritación y buscó nuevas oportunidades para hacer el bien en las situaciones que se le presentaban. Y si reflexionamos sobre esos años de la vida de Pablo, fácilmente concluiremos que fueron los más fructíferos de su ministerio. Por un lado, pudo predicar a los soldados que le custodiaban por turnos, de tal manera que el evangelio fue conocido en todo el pretorio (**Fil 1:13**), y así comenzó un avivamiento que se extendió por los cuarteles de la casa imperial. Pero también, el hecho de que Pablo estuviera inmovilizado en una cárcel le impedía visitar las iglesias que él había fundado, de tal modo que tuvo que escribir varias cartas para tratar los diferentes problemas que iban surgiendo. Sin duda esto fue dirigido por la providencia divina, porque si Pablo hubiera ido en persona a estos lugares, nosotros no tendríamos hoy de muchas de sus cartas, y habríamos perdido su importantísima enseñanza.

Ante esta perspectiva, el apóstol sentía gozo en medio de sus tristes circunstancias. Como él decía: *“Cristo es anunciado; y en esto me gozo, y me gozaré aún”* (**Fil 1:18**). Cuando veía que el evangelio progresaba y que el Señor Jesús era ensalzado, Pablo estaba contento y podía seguir sufriendo hasta lo sumo.

Pablo no permitió que sus circunstancias determinaran su grado de contentamiento. Vivía por encima de sus circunstancias y no estaba dispuesto a sentirse como una víctima digna de compasión. No iba a cultivar un carácter avinagrado, ni se iba a endurecer por las dificultades, no se iba a llenar de rencor ni a volverse un hombre negativo. Y todo esto porque entendía que él estaba allí por decisión divina y por lo tanto decidió someterse gustosamente a la situación.

(Fil 3:11-13) “He aprendido a contentarme, cualquiera que sea mi situación. Sé vivir humildemente, y sé tener abundancia; en todo y por todo estoy enseñado, así para estar saciado como para tener hambre, así para tener abundancia como para padecer necesidad. Todo lo puedo en Cristo que me fortalece.”

Pablo no era el hombre que miraba con nostalgia hacia el pasado. Su mente estaba constantemente enfocada en el futuro, así que siguió adelante, resuelto a mantener su enfoque en la misión.

6. Sin perder la frescura espiritual

El estancamiento espiritual es hoy uno de los problemas más comunes del liderazgo cristiano. Y esto es grave, porque cuando perdemos la frescura espiritual, nuestra visión empieza a empañarse. Dejamos de ver la gloria del evangelio y ya no nos emociona servir al Señor, y por supuesto, tampoco sentimos ningún entusiasmo por servir a nuestros hermanos. En vez de riachuelos de agua fresca que descienden de la montaña, empezamos a parecer agua estancada.

Pero ¿cómo es posible en medio de todas las presiones que nos acosan mantener la frescura espiritual? El apóstol Pablo conocía bien el secreto. Él mantuvo la misma ilusión desde el comienzo de su ministerio hasta el final. La clave está en una renovada comunión con el Señor cada día por medio de la lectura diaria de la Biblia y la oración.

Cuando dejamos de mirar al Señor, los obstáculos parecen mayores y fácilmente nos desanimamos. En un ámbito diferente Henry Ford lo describió perfectamente: “Los obstáculos son esas cosas espantosas que uno ve cuando quita sus ojos de la meta”.

El propósito del sufrimiento

1. Nos capacita para consolar a otros

El sufrimiento personal nos capacita para consolar a los demás. Si a alguien se le muere un hijo, Dios le utilizará en la vida de otro padre que está sobrellevando la pérdida de un hijo.

(2 Co 1:3-4) “Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, Padre de misericordias y Dios de toda consolación, el cual nos consuela en todas nuestras tribulaciones, para que podamos también nosotros consolar a los que están en cualquier tribulación, por medio de la consolación con que nosotros somos consolados por Dios.”

2. Nos enseña a esperar en Dios

(2 Co 1:9) “Pero tuvimos en nosotros mismos sentencia de muerte, para que no confiásemos en nosotros mismos, sino en Dios que resucita a los muertos.”

Cuando Pablo había perdido ya la esperanza de vivir, aprendió a confiar, y Dios le mostró su extraordinario poder, el mismo poder que utilizó para resucitar a su Hijo Jesús de la tumba. ¡Qué perspectiva tan estupenda de su propio sufrimiento!

3. Nos libera del orgullo y nos hace depender de Dios

(2 Co 12:7) “Y para que la grandeza de las revelaciones no me exaltase desmedidamente, me fue dado un aguijón en mi carne, un mensajero de Satanás que me abofetea, para que no me enaltezca sobremanera.”

Sería fácil que cualquiera que hubiera tenido las experiencias que Pablo acababa de relatar (2 Co 12:2-4), sintiera cierto orgullo. Así que cuando el apóstol pidió a Dios que le quitara el aguijón de su carne y él no quiso, entendió que la razón era para que tuviera un espíritu humilde: “para que la grandeza de las revelaciones no me exaltase desmedidamente”. Por supuesto, el propósito de Satanás era hacer que Pablo

abandonara su ministerio, pero el Señor iba a utilizar precisamente eso para volverlo más humilde e impedirle que se exaltara.

A través de esa experiencia el apóstol aprendió que Dios no iba a cambiar sus circunstancias, sino que le iba a cambiar a él, fortaleciéndole para que pudiera enfrentarlas. Entendió que si se refugiaba en la gracia de Dios, ninguna dificultad podría destruirle, sino que por el contrario le ayudarían a cambiar en la persona que Dios quería que fuera.

Pablo comprendió de esta forma que nuestra debilidad es lo que nos hace realmente efectivos. Nuestra debilidad nos hace depender de la gracia de Dios y es en ella donde encontramos las fuerzas necesarias para seguir adelante.

(2 Co 1:9-10) “Pero tuvimos en nosotros mismos sentencia de muerte, para que no confiásemos en nosotros mismos, sino en Dios que resucita los muertos; el cual nos libró, y nos libra, y en quien esperamos que aún nos libraré, de tan gran muerte.”

Parece que en este momento Pablo llegó a una crítica coyuntura en la que se encontró sin fuerzas para seguir adelante. En ese momento miró a Dios con confianza, esperando solamente en él. Algo parecido a lo que le ocurrió al rey David en una situación igualmente extrema cuando sus hombres hablaban de apedrearlo, y él *“se fortaleció en Jehová su Dios” (1 S 30:1-6)*. Y una vez más la respuesta de Dios no se hizo esperar: *“nos libró, y nos libra, y en quien esperamos que aún nos libraré”*. Frente a los golpes de la vida, si no contamos con el poder de Dios, por nosotros mismos nos derrumbaremos.

Todo esto es muy difícil de entender en una sociedad como la nuestra en la que se adora el poder (militar, intelectual, económico, científico...). Pero Dios no está construyendo su reino sobre la base del poder humano sino sobre nuestra debilidad e insuficiencia.

Este es el énfasis de las dos cartas a los corintios: el poder de Dios se demuestra a través de la debilidad humana y la vida de Dios se manifiesta a través de la muerte.

Considerando la trayectoria del apóstol Pablo nadie imaginaría que hubiera tenido algún tipo de limitación. De hecho, la inmensa mayoría de los hombres que están sanos y fuertes no serían capaces de llegar a hacer lo que él hizo. Pero la gracia hace fuertes a los débiles, de tal manera que puedan llegar más lejos que aquellos que tienen todas sus capacidades intactas.

Por lo tanto, en lugar de buscar culpables para nuestro sufrimiento o insistir en preguntarnos por qué tenemos que atravesar por ciertos padecimientos, concentrémonos en buscar la gracia de Dios que nos hará fuertes en él. La fortaleza de Dios será nuestra cuando reconozcamos nuestra debilidad.

Y sobre todo, reconozcámosle en todos nuestros caminos porque es él quien nos da las fuerzas para seguir adelante.

Dejemos de pensar en lo que nosotros podemos hacer para Dios y pensemos solamente en lo que él puede hacer en nosotros y por medio de nosotros.

El fin de la vida de Pablo

Cuando Lucas termina el libro de los Hechos de los Apóstoles, encontramos a Pablo encarcelado en una casa alquilada en Roma. En aquel momento ya llevaba dos años allí, a los que habría que añadir los otros dos que había pasado en Cesarea. ¿Qué pasó al final de este periodo? Es difícil saberlo. Algunos aseguran que su encarcelamiento

terminó con el procesamiento y ejecución de Pablo. Otros opinan que fue librado, bien por absolución de sus acusaciones o por la incomparecencia de sus acusadores.

Probablemente Pablo fue liberado, aunque no mucho tiempo después estaba nuevamente aprisionado en Roma. Este segundo encarcelamiento fue mucho más duro que el primero. Ahora no había grupos de amigos que llenaran su habitación, puesto que los cristianos en Roma habían sido asesinados y esparcidos. En ese periodo escribió la segunda carta a Timoteo en la que nos describe algunas de sus circunstancias personales. Algunos detalles nos revelan la miseria de su calabozo. Por ejemplo le ruega a Timoteo que le traiga una capa que había dejado en Troas para defenderse de la humedad de la prisión y del frío invierno (**2 Ti 4:9,13,21**). Le pide también que le lleve sus libros y pergaminos para poder aliviar el tedio de las horas solitarias con el estudio y la meditación que siempre había amado. Pero sobre todo, suplica a Timoteo que venga él mismo, porque estaba anhelando sentir el toque de una mano amiga, y ver el rostro de su discípulo, siquiera una vez antes de morir. Por otro lado parece que ya había tenido lugar una primera defensa en la que pudo predicar el evangelio públicamente ante toda la corte, aunque todos sus amigos le habían desamparado, si bien él reconoce que el Señor estuvo en todo momento a su lado (**2 Ti 4:16-17**). En cualquier caso, parece que todavía debían tener lugar otras vistas de su causa y tenía pocas esperanzas de salir con vida:

(2 Ti 4:5-8) “Yo ya estoy para ser sacrificado, y el tiempo de mi partida está cercano. He peleado la buena batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe. Por lo demás, me está reservada la corona de justicia, la cual me dará el Señor, juez justo, en aquel día; y no sólo a mí, sino también a todos lo que aman su venida.”

Una antigua tradición dice que Pablo fue decapitado en uno de los caminos de Roma. Si esto fuera cierto, confirmaría las expectativas que Pablo tenía en cuanto a su futuro próximo. Por supuesto, no es justo que un héroe de la fe como él muriera de una manera tan indigna, aunque no fue el primero ni tampoco el último.

En vista de todo esto, parece que cuando Pablo escribió su última carta a Timoteo estaba en lo cierto en cuanto a lo que le iba a ocurrir. Ahora bien, ¿habían conseguido acabar con él? Su carta nos vuelve a sorprender por el ánimo y la seguridad con los que escribe:

(2 Ti 1:12) “Por lo cual asimismo padezco esto; pero no me avergüenzo, porque yo sé a quién he creído, y estoy seguro que es poderoso para guardar mi depósito para aquel día.”

Pablo no había sido vencido. Él consideraba que todos los sufrimientos por los que había pasado a lo largo de su ministerio, e incluso la muerte que parecía anticipar con claridad, todo ello había valido la pena con tal de servir a su Señor. Tal es así, que cuando escribe a su discípulo Timoteo, y en cierto sentido a todos nosotros, nos advierte que *“en los postreros días vendrán tiempos peligrosos”* (**2 Ti 3:1**), pero aun así nos recomienda seguir su ejemplo, sin importar el precio a pagar:

(2 Ti 1:8) “Por tanto, no te avergüences de dar testimonio de nuestro Señor, ni de mí, preso suyo, sino participa de las aflicciones por el evangelio según el poder de Dios.”

Ahora bien, para llegar a este punto es necesario tener fuertes convicciones. El doctor John Walvoord, quien por muchos años fue rector del Seminario de Dallas, dijo en un servicio de graduación: “Me temo que podemos estar graduando a estudiantes con demasiadas creencias, pero con pocas convicciones”. Un comentario profundo. Las creencias y las convicciones van juntas, pero mientras que son muchas las cosas que creemos, las convicciones son aquellas verdades por las que estaríamos dispuestos a dar nuestra vida. Representan lo que no es negociable. Son los pilares sobre los cuales está basada nuestra existencia. ¿Cuáles son nuestras convicciones?